



Editorial

Operación Invierno

Los municipios de Aconcagua han iniciado la tradicional Operación Invierno, tratando de prevenir todas las instancias que pudieran traer un trastorno en la vida cotidiana de la comunidad como consecuencia de los impactos naturales.

Las gentes de los campos y las serranías, especialmente, tienen sus cábalas, sus razonamientos análogos y por ahí y por acá se dice que el invierno viene lluvioso y frío y otros dicen lo contrario y que será seco y frío.

Frente a estas contingencias los Departamentos de Emergencia de las gobernaciones y los gobiernos comunales se apresan a resolver un frente organizado que permita en un momento dado enfrentar posibles

acuerbas. Se trata de juntar ropa de cama, vestuario, alimentos no perecibles, medicamentos, materiales fundamentales de construcción como planchas de zinc, pizarroño, pales, clavos, maderas, cemento y otros.

La verdad es que la naturaleza no avisa y, por tanto, el vendaval, el aluvión, las salidas de madre de ríos, esteros y canales, los terremotos, la implacable sequía puede ser una cruda realidad que trastorne la vida de las comunidades. Y es cierto de que en estos embates siempre son los más pobres los que reciben la peor parte.

Por de pronto los gobiernos comunales están en faena de podas, eliminando árboles caducados que son un peligro público, desatrapando alcantarillas y alcóferos, encausando acequias, revisando grifos, redes de agua potable y tendido eléctrico.

Carlos Ruiz Zaldívar

periodista



Nicomedes

Lo vi llegar a mi casa ajado, sudoroso, con su cara pavorosa. Venía arrancando del Hospital Truettman de Santiago. Golpeó anhelante a mi puerta y cuando le abrí se me echó a los brazos a sollozar infinitamente. Las cadenas que llevaba Nicomedes eran la pedredumbre de la vida, de aquella existencia madrastra que arrastró desde niño, allí en los fondos de los condominios suburbanos de Santiago. Le dolía la vida más que la suya y la de sus seres queridos que le hacían víctimas al hambre, a las heridas abiertas, a las cicatrices ajenas de que da cuenta Enrique Santos Díazpelo. No toleraba el aplastamiento de su pueblo, la prepotencia de la fuerza sobre las personas indefensas.

Tenía a solitas la leche tibia que mi esposa le prodigaba y hablaba a solhealtos sobre sus "hombres oscuros". Su padre

había sido heladero y su madre lavandera. Aprendió a leer en diarios pasados a pestados y porcinos descompuestos. Se hizo gran escritor social mirando el esqueleto en los ojos aledados a las viviendas paupérrimas de los tranvías, esa clase sufriente que llegó a tener un gran estudio en la capital y que no ganó ninguna batalla porque siempre el estruendo de su ferretería amarilla silenció las voces de la protesta.

Nicomedes no fue comunista como muchos creen. Era anarquista en su frente y en su perfil. Le dolía todo, le dolía la vida, las hembras embarazadas que no tenían un comestible en donde dar a luz, los sacos que soñaban el lingue de una gran pacífica. Espantaba las moscas a muestros y jamás ganó una sola batalla. Sintió los olores nauseabundos de heridas purulentas en hombres abandonados. Gritó en los hospitales las injusticias

más grandes y se lo llevaron preso. En las huelgas transcurrió escucha la vanguardia portando los lenzos que pedían un poco más de pan. La oligarquía nunca escuchó al pueblo. Si estuviera vivo -hace 31 años que se murió- mirado de vino y de impotencia, llevaría su rama de rescate social.

Este hombre, formado en la escuela de la ley del más fuerte, fue capaz en las letradas contemporáneas chilenas de escribir las páginas más maestras de nuestra literatura contemporánea: su novela "La Sangre y la Esperanza" rebasó fronteras y fue traducida a todos los idiomas. "Los hombres oscuros", "El Pan bajo la bota", "La luz viene del Mar", emocionaron la templanza de las letras chilenas alocadas. Y hay algo en la literatura de Nicomedes: tras todo este trasunto de enloquecidos saltimbancos que con sus palos destruyeron todos los

módicos devientos de su altísimo social, siempre abrió una ventana abierta para que entrara la luz, la amada luz que sacara los tines de las cocinas, que multiplicara las casullas monedas de los botelleros rotos, en fin, que entrara por los poros y por la piel de la gente que vive, lucha y sufre, una abeja rubia fumada que colocara una pécica de miel en los labios resacas de su pueblo.

"Don Nico" estuvo pocas horas antes de morir cuando el 15 de julio de 1969. Vino a verse a mi exposición del Banco de Chile en Santiago. No pudo darle nada porque no había vendido ni una sola "marichita". A la mañana siguiente los diarios dieron en un rincón de su primera página: "Murió Nicomedes Cruzado". Se había conquistado un capítulo que vieron nacer las moscas y que coronaban los pasanos bastardos de la vida.

Don Julián Paniqueo Santidrán fue un querido y recordado sacorador de los Hermanos Maristas de Los Andes, afamado establecimiento educacional que formó a muchos profesionales. Se le conoció como el Hermano Emeterio José. Había nacido en Burgos, España, en 1895. Educó a muchas generaciones por más de medio siglo y fue un personaje de leyenda. Falleció en Santiago el 14 de junio de 1997 a los 82 años.

¿Sabías esto?



AUTORÍA

Ruíz Zaldívar, Carlos, 1925-

FECHA DE PUBLICACIÓN

2000

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Nicomedes [artículo] Carlos Ruíz Zaldívar. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile